

EN TEORÍA

Poesía infantil

por Ana Pelegrín*

A pesar del carácter minoritario del género poético y de la parca producción editorial, cabe destacarse desde mediados de los años setenta la existencia de un espacio propio para la poesía.

En las líneas que siguen, la articulista repasa las voces cimeras de la poesía y reflexiona acerca de la educación de la sensibilidad poética.

La historia de la literatura infantil muestra el predominio del cuento y la novela corta, como género mayoritario en la lectura de la infancia. Una rápida mirada a las publicaciones de los últimos veinte años nos llevaría a constatar que tal síntoma permanece inmutable: el género narrativo llena los catálogos de los editores infantiles.

La poesía se revela como género minoritario, tanto en relación con los autores, como con el número de libros publicados. Desde mediados de los años setenta, se comprueba un espacio para la poesía, marcado por el permanente retorno de Juan Ramón Jiménez, los poetas del 27 —en los que me detendré en este artículo—, la superproducción rimada de Gloria Fuertes y la presencia de nuevas voces en la escritura para niños. Voces que requieren una especial atención, desplazada a una entrega posterior, dejando constancia a manera de un inventario poético escrito en castellano y publicado o reeditado en estas dos últimas décadas.

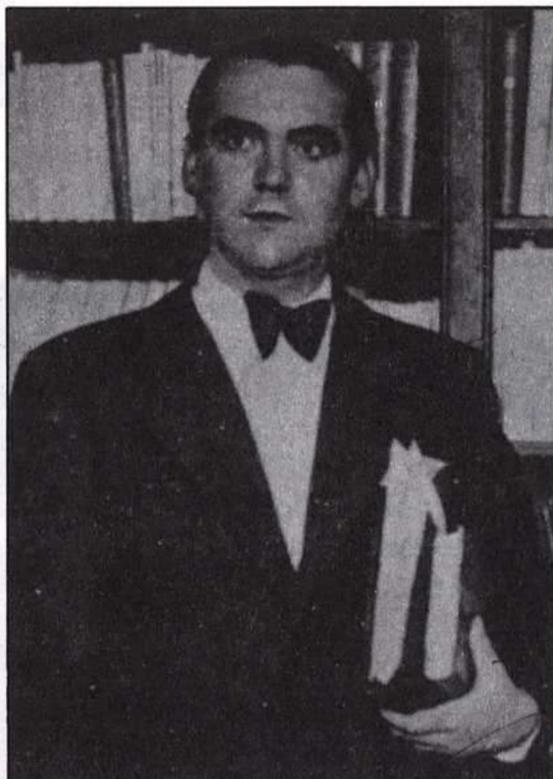
Carmen Conde, de la Real Academia de la Lengua, destaca por su continuidad en la literatura infantil: *Nanas y otros desvelos* (1985), poemas y



villancicos, escritos desde 1934, impregnados del sonido tradicional y de impecable forma lírica, que se reitera en los veinticuatro leves poemas de *Despertar* (1988), cercados y agobiados en su publicación con destino escolar. Concha Lagos: *En la rueda del viento* (1985), cancioncillas al estilo tradicional; Ángela Figuera Aymerich, *Canciones tontas para niños listos* (1984), desarrolla cuentos poéticos para niños pequeños; Marina Rome-



Carmen Conde.



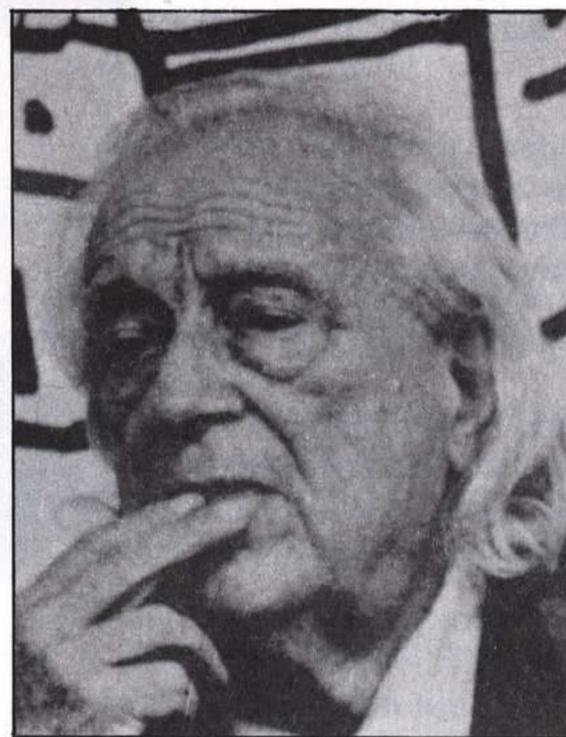
Federico García Lorca.



Juan Ramón Jiménez.

ro, que desde *Alegrías*, muestrario poético de personajes de la literatura infantil (reeditado en 1984), amplía en varios libros posteriores una variada temática hasta los juegos de su último libro, *Campanillas al aire* (1981), *Disparatillos con Masacha* (1986), *Poemas de Doña Chavala* (1987), *Poemas rompecabezas* (1989); Jaime Ferran: pequeñas escenas en *Tardes de circo* (1982b), *Mañanas de parque* (1972), una escritura visual y técnica de caligrama, *La playa larga* (1980), evocación lírica de la infancia, *Cuadernos de música* (1983), homenaje poético a la música, aproxima al lector niño a las técnicas de escritura de vanguardia.

Ritmo de canción y microcosmo infantil rezuma el libro de Celia Viñas, *Canción tonta en el Sur*, escrito en 1948 y reeditado en 1984. El poeta Carlos Murciano, Premio Nacional de Literatura Infantil, describe la dimensión del mundo de la infancia en *La bufanda amarilla* (1986) y *La rana mundana* (1988), recreando en variada temática formas del cancionero tradicional. García Tejeiro ofrece transformadas formas orales que sueñan en su límpido *Versos de agua* (1989). El personal humor, en alelu-



Rafael Alberti.

yas, rimas inmediatas, reaparece en la extensa producción de Gloria Fuertes, que alcanza la cercana cifra de una veintena de libros, de los que nombramos *Don Pato y Don Pito* (1984, 9ª edición), *La oca loca* (1977), *El hada acaramelada* (1973), *Abecedario de Don Hilario* (1983), *Pío, pío, Lope el pollito miope* (1984), y la reedición en 1989 de *Yo contento, tú contenta, que bien me sale la cuenta*.

La clave de humor es explorada por

Consuelo Armijo, *Risas, poemas y chirigotas* (1984); el disparate llena las historias rimadas en varios libros —con estupendas ilustraciones de Fernando Krahn—, de la chilena María Luz Uribe, *Quién lo diría Carlota María* (1981), *La señorita Amelia* (1983), *Cosas y cositas* (1987).

La doble lectura poética de la imagen y el texto resalta asimismo en dos libros inusuales, con personajes estrafalarios animando una propuesta inédita de David Cirici, *Libro de Voliches, Laquidamos y otras especies* (1986); *Mermelada de anchoas*, «collage» de divertidos poemas, diálogos, cuentos de Carmen Santoja, visualizados por Eguillor.

De la poesía para niños

Al analizar someramente la producción poética destacan temas reiterados y formas poéticas mayoritariamente acogidas al cancionero, versos de arte menor, y asimismo la exploración del verso libre y la escritura espacial.

Del amplio mural de la producción poética extraigo estas huellas orientadoras, un alfabeto de combinatoria libre:

—Poemas y juegos poéticos de rai-

EN TEORÍA



gambre tradicional, renovadora de lo popular, que subrayan la musicalidad —el ritmo, el juego del lenguaje—, re-tahílas, adivinanzas, rimas aleluyísticas, rimas para contar.

—Poemas que recogen temas característicos de la literatura infantil: las estaciones, la naturaleza, los días, los paisajes; animales, animalillos y zoo fantástico; el mundo cotidiano y afectivo (amigos, juegos, la casa, la familia, la escuela); lo emocional; el amor,

la vida (y en varios poemas, la muerte); la imaginación; y la fiesta.

—Poemas-disparates, absurdo y chanzas.

—Poemas cuentos y poemas escenas, núcleos temáticos.

—Poemas de escritura espacial, caligramas.

—Poemas de concisión lírica, de imágenes simbólicas.

—Poemas de evocación. Memorias de la infancia.

El lector advertirá que en este trunco alfabeto se han manifestado temas, formas y diversidad de escuelas poéticas y es fácil concluir que este listado, abierto a las combinaciones, refleja la amplitud de la poesía para niños, que es, cuando es, fundamentalmente poesía.

Una cuestión paralela se refiere a la publicación reciente de poetas y poemas que no destinaron su creación a la infancia —exceptuando las *Cancio-*

nes de Federico García Lorca—, y que han sido puestos al alcance del joven público, en ediciones preparadas para ellos.

En líneas generales, siguen y amplían esta configuración este abanico de posibilidades y temas caracterizadores de una poesía infantil, y se perfila una aceptación generalizada sobre poesía. Aquella que despierta la emoción, que despierta y acrecienta el sentido, los sentidos poéticos, siendo comprensible poéticamente su totalidad o en parte por el lector niño.

Claves que se deben mantener en la sensibilización

La educación sensible obliga a una indispensable —dispensable— graduación. Una apasionante búsqueda de las palabras y la vocación de juegos y sonidos (encontrar rimas, formar listados) descubrir prosódicamente el ritmo, su acentuación, las duraciones); buscar las combinaciones de colores y nombrarlas, asignar los «colores a las vocales», decir emoción traduciendo en color, en sonido, en comparaciones.



En el buscar cómo atar y encadenar las palabras surgirán los juegos con las estructuras poéticas, encadenar, enumerar, etc., dibujar con ellas el espacio, usar la técnica de caligrama.⁽¹⁾

Jugar a imaginar —recrear la poesía— aproxima al niño a las fuentes de la creación poética, que se nutre, en la lectura, con la memoria de la poesía a su alcance. Oír y memorizar poemas en voz alta es también comprender la poesía, caminar con los poetas. La poesía viene a explicarnos las cosas de difícil explicación. Crecer con los poetas es una tregua porque dejan libre la posibilidad de decrecer, escoger la altura, avanzar y retroceder en el tiempo y en el espacio en una línea, en un verso.

Poesía y poética de la infancia. Juan Ramón Jiménez

Zenobia Camprubí Aymar, espigando en la producción poética de J.R. Jiménez, editaba en 1933 una cuidada selección, *Poesía en prosa y verso*, libro al que había precedido *Platero y yo* (1914), en edición para los jóvenes lectores.

En el prologo escrito por el poeta, tanto de la *Antología* como de *Platero*, Juan Ramón Jiménez situaba su concepción de la lírica y el mundo de los niños.

El poeta se dirige al niño y al hombre, se dirige a una sensibilidad poética, unida a la emoción ligada a la naturaleza «que ni el niño ni el hombre ni el poeta entiende en último término lo que significa», señala las claves de la comprensión poética.

No importa la comprensión acabada, analizada, sino el «sentimiento profundo, el contagio del acento».

Este contagio emocional de lo esencial, inicia para la comprensión poética una necesaria graduación, pues en el pensamiento juanramoniano la vida y la poesía están distribuidos en grados y porciones. Este escalonamiento poético tiene tres estancias,



tres escalas: lo descriptivo sentimental; lo espiritual naciente; y lo ideal lírico.

La primera estancia en la mirada sensorial a la naturaleza y sus series, resuelto ritmo, sentido y color.

La segunda estancia se abre en la luz y en la llama interna, la inteligencia poética da nombre a las cosas, gradúa la espontaneidad hacia el pensamiento, despoja el color las cosas por la abstracción y concisión.

La tercera estancia en la belleza, como anhelo de perfección y esencialidad, en una edad de armonía, equilibrio y luz.

La permanente aspiración de belleza y eternidad tiene una clave simbólica en la infancia. Para Juan Ramón Jiménez la infancia es un ideal, retor-

no a lo esencial, al mito del paraíso, isla, Edad de Oro, donde emerge el canto alto, la razón de la poesía.

Evidentemente, la selección de Zanolbia Camprubí respondía a esta concepción del poeta, y así también la antología escogida de Guillermo de Torre y Norah Borges, *Antología para niños y adolescentes* (1950); continuada por Felicidad Orquín, *Canta pájaro lejano* (1981), con prólogo de Ana Pelegrín, contagiado de sentimiento profundo de las palabras juanramonianas; la edición *Juan Ramón Jiménez para niños*, preparada por M^a García Viñó (1986), que acerca el hombre poeta al joven lector en un panorama «didáctico amigable» que lleva al lector a la biografía juanramoniana, con una útil y acertada cronología del autor.



Juan Ramón Jiménez, de magisterio indiscutible en la lírica contemporánea, abrirá en las primeras décadas del siglo la aproximación poética al niño, y su palabra plantea la difícil, apasionante, desconcertante relación con la poesía, con la poética de la infancia que inaugura una reflexión que alcanzaría a los jóvenes poetas de la generación del 27.

Los poetas del 27 en los libros infantiles de los últimos años

La increíble floración lírica de los años veinte y treinta, época que ha sido denominada la Edad de Plata, la de los poetas reunidos en la generación del 27, ha sido objeto de antologías destinadas a niños y adolescentes, en los últimos años.

Algunos de los poetas incluyen en su universo creador una poética de la infancia, ya sea en poemas dedicados o próximos a los niños, bien una evocación de su *ser niño*, la mirada infantil del niño y del hombre, y la memoria de la niñez, casi siempre rodeada de un hálito paradisíaco.

El pensamiento de J.R. Jiménez sigue vigente, en la necesidad de distinguir las zonas de escritura del poeta relacionada con la infancia, y lo que es fundamental, distinguir las *estancias poéticas*, la *graduación* de la sensibilidad del niño lector.

Leopoldo de Luis, poeta y crítico, en la cuidada edición para lectores adolescentes de *Vicente Aleixandre para niños* (1984) tiene presentes las palabras de J.R. Jiménez insistiendo en los márgenes emocionales de la comprensión poética, que llega antes a la sensibilidad que lo racional; subraya como básico ofrecer al universo del poeta seleccionando los poemas representativos y allegar el mundo del poeta compartiéndolo con el del niño.

Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, y también Miguel Hernández, Gerardo Diego, Lorca y Alberti figuran en el catálogo de la valiosa colección Alba y Mayo, Edicio-



nes de la Torre, que incluye la introducción y edición, a cargo de críticos y escritores de prestigio, la biografía del poeta, datos cronológicos, y la muestra poética espigada de la obra general del autor. Las antologías de autor y las antologías generales de autores escogidos para el público joven —A. Medina, *Silbo del aire*, I y II (1983, 11^a edición), Martínez Sarrión, *Poetas españoles del siglo XX* (1984), A. Pelegrín, *Poesía Española para niños* (1988, 10^a edición)—, posibilitan al niño/joven escoger la voz del poeta cercano a su sensibilidad.

Lorca y Alberti

Los dos poetas del Sur escucharon en su infancia y recrearon posteriormente el amplio caudal de la poesía oral tradicional. Letrillas, canciones y romances, retahílas infantiles, impregnan la escritura de estos grandes poetas andaluces, lo más próximo a los niños. La esencial vitalidad de los poemas de *Canciones*, que Lorca dedicara a los niños de sus amigos poetas, canciones síntesis de lo tradicional y de imágenes de la poesía moderna.

La restallante luz del Sur resplandece en *Marinero en tierra*, de Alberti, el cine y los gags en la búsqueda de Buster Keaton de su novia, dulce niña o vaca; las retahílas rítmicas y las canciones de corro en *La pájara pinta*.

El sentido del desenfadado y del proverbial humor de Alberti, su juglaría permanente, la particular comunicación de su tono han extasiado y electrizado a muchos niños, público de Alberti, en recitales memorables. Donde la palabra oída, partitura audible, tangible de la audición poética. La lectura en voz alta configura la educación sensible, una memoria áurea, de oro las palabras auditas, captura de comprensión poética, y como bien explica García Lorca, modo preciso «para defender la Poesía».

Alberti esgrime en su poesía la luz, las marismas del sur, la vida como estandarte, «yo no me pienso morir», dice al cumplir sus primeros ochenta años. En la médula de la poesía lorquiana la infancia y la muerte tienen citas ininterrumpidas. Lorca escamotea la presencia de la muerte, en cancioncillas para niños; sin embargo allí está, en la luna y el agua fría, en el alba, en el ala de plata que siega árboles y vidas, en las palomas que se transforman en astros, y en la misteriosa muchacha que es nada... Allí



convocando a la poesía para niños, a la comprensión del misterio, de lo inaccesible. Porque la poesía hace comprensible lo incomprensible, abre la emoción a evidencias totalizadoras.

En la escritura lorquiana destinada a los niños, en su poética de la infancia magistralmente ofrecida en su conferencia *Las nanas infantiles*, emergen tres planos de *graduación* poética, aunque estos grados no son compartimentos estancos, pues entre ellos enlazan combinaciones y relaciones varias: poemas de la infancia con reminiscencias de tradición oral; poemas de condensación y ambigüedad poéticas; y poemas de misterio, «de horror y belleza aguda».

Por ejemplo, *Cancioncilla sevillana* se inscribe en el primer plano; *Cortaron tres árboles* en el segundo plano; *Casida de las palomas oscuras*, *Romance de la luna luna* en el último plano, el del misterio y la belleza, esa herida dolorosa.

La poesía para niños de Lorca, poesía de símbolos rozando las orillas de vida-muerte infancia-muerte, enlaza las distintas escalas de la graduación, ejemplificando la imposibilidad de delimitaciones en la comprensión infantil, porque el niño y el poeta poseen claves que los hombres han olvidado. Claves que el estudio y la indagación del pensamiento infantil y su relación con la poesía señalan las huellas de un universo a explorar. ■

Notas

1. En la imposibilidad de desarrollar las variadas técnicas de un taller poético remito al lector a: A. Pelegrín, *Cada cual atiende su juego* (Cinzel, Madrid, 1984); J. Muñoz, *Poesía y cuento en la escuela* (Comunidad de Madrid, 1984); V. Zaragoza, *La gramática hecha poesía* (Popular, Madrid, 1987), Besora; M. Guillermo y A. Palacios, *Experiencias*, monográfico; «Poesía e infancia» en *Letragorda*, nº 3, 1989, Editoria Regional, Murcia.

* Ana Pelegrín es licenciada en letras y autora de varios libros sobre poesía, cuentos, teatro y dramatización para niños.



Bibliografía

Rafael Alberti, *Aire que me lleva el aire* (1979), edición de Felicidad Orquín; *Rafael Alberti para niños* (1984), edición de María Asunción Mateos.

García Lorca, *Canciones y poemas para niños* (1975), edición de Felicidad Orquín; *García Lorca para niños* (1983), edición de Eutimio Martín; *García Lorca y los niños* (1980), edición de José M^a Garrido Lopera; *Federico García Lorca* (1988), edición de Carmen Bravo-Villasante.